



HAL
open science

Las dos Españas de Manuel González Prada

Juan Guillermo Gómez García

► **To cite this version:**

Juan Guillermo Gómez García. Las dos Españas de Manuel González Prada. Encuentro de Latinoamericanistas Españoles (12. 2006. Santander): Viejas y nuevas alianzas entre América Latina y España, 2006, s.l., España. pp.1628-1645. <halshs-00104681>

HAL Id: halshs-00104681

<https://shs.hal.science/halshs-00104681v1>

Submitted on 9 Oct 2006

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire HAL, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



HAL Authorization

LAS DOS ESPAÑAS DE MANUEL GONZALEZ PRADA¹

Juan Guillermo GÓMEZ GARCÍA
Facultad de Comunicaciones.
Universidad de Antioquia.
punctumed@yahoo.com

RESUMEN: Se trata de hacer un balance de la imagen que el librepensador y anarquista peruano Manuel González Prada tiene del legado histórico y de la contemporaneidad literaria y política de España. Esta fuerte imagen contrastada, polémica y provocadora, ofrece el problema más general de la función del intelectual en las sociedades finiseculares de América Latina. González Prada, al lado del mexicano Ricardo Flores Magón y del hispano-paraguayo Rafael Barrett, es considerado como un representante significativo de ese combate de ideas por una mejor patria americana. La España caduca vive en el Perú en múltiples formas: el desastre militar con Chile es la más llamativa manifestación de una indolencia nacional que hunde sus raíces históricas en la modorra española. Ella pervive por un aroma sedante y adormecedor. En su historia política, pero sobre todo en la intelectual y literaria se acusa esta presencia. Sacudirse de esa carga, es un imperativo moral, intelectual. La campaña iniciada desde sus primeras apariciones públicas hasta sus últimos años, al filo de la experiencia universal de la Revolución rusa, son expresión intelectual de la más viva y creativa agitación de ideas que experimento este país andino. Su campaña en los periódicos anarquistas y su relación con el vigoroso movimiento libertario de la Península son la “natural” consecuencia de sus “páginas libres” y “horas de lucha”.

Palabras claves: Imagen de España, librepensamiento, herencia hispánica, Perú, anarquismo.

¹ Es una versión abreviada del informe parcial de investigación, “Política e intelectuales: la imagen de España en Hispanoamérica en el siglo XIX”, financiada por Fundación Carolina, España.

1. La España de “torero, chulo y cura”

“Somos una España del siglo XVI trasladada como por encanto a las orillas del Pacífico: olemos a inquisidor, a torero, a chulo y dómine de Salamanca. Vivimos una especie de aislamiento cerebral y todo lo nuestro denuncia la pequeñez de la fauna y la flora peninsulares”, escribió González Prada en un escrito marginal, “Remedios al mal”². Este es solo un botón de muestra de una hispanofobia –si cabe el calificativo–, aguda y provocadora, de su extensa obra en prosa y verso del intelectual limeño. La imagen de España y de la mórbida herencia hispánica sobre el cuerpo lacerado americano, vale decir, de las Españas contrapuestas y contradictorias de González Prada, con todo, no se contraen al tono polémico y mordaz que una parte representativa de la intelectualidad hispanoamericana del siglo XIX hizo distintiva de su liberalismo intelectual y como gesto concomitante a su independencia cultural de España. Basta pensar en Sarmiento, Bilbao, Montalvo o José María Samper para trazar una línea genealógica de una protesta literaria que desemboca, en una forma particular, en un intelectual finisecular, en un criollo de ascendencia aristocrática de origen peninsular.

La expresión polémica contra la herencia cultural peninsular y la crítica circunstancia de la España de Canovas del Castillo (en una de sus inofensivos “Grafitos” versifica sobre este “Figurón relleno/ Con aserrín de pedante”: “Clavar un plomo en su frente/ Fué grande, noble y humano:/ Fué suprimir un pantano,/ Desinfectar el ambiente”)³ se encuentra en su caso enfatizada por una acerba confrontación contra la tradición política y literaria de un Perú que añoraba la Colonia y se aferraba devotamente a los valores de la literatura peninsular, a las figuras de una galería menor de las letras españolas que, a la luz de la modernidad europea, resultaba insulsa y perjudicial. En la pacata y resignada atmósfera peruana, España gravitaba como un astro de influencia maléfica. Arrastrados sus compatriotas por ese astro moribundo, ni el Perú se repone de sí mismo ni es de esperar encontrar en esa tierra yerma un fruto saludable que le dé el vigor necesario y la sacuda de su modorra. El aliento para superar la postración nacional debe buscarse en otros climas. Tanto más se revela contra la existencia fantasmal y carcomida de su patria, cuanto más siente González Prada el peso gravoso de esa “España del siglo XVI” que huele “a inquisidor, a torero, a chulo y a dómine de Salamanca”.

España o las Españas se presentan como horizonte equívoco o, mejor aún, como sustratos insanos que subyacen a modo de capas geológicas pétreas de una identidad cultural conflictiva. Su modo de ser, sus costumbres, su mentalidad y su vida literaria y producción filosófica esterilizan las meninges, ejercen sobre el alma una paralizadora influencia. Son un mal. “Remedio al mal” se llama este fragmento o artículo inconcluso, publicado póstumamente por su hijo Alfredo, en que González Prada relaciona la herencia hispánica con las dolencias de una nación amorfa que padece de “virilidades intermitentes de viejo verde o de mozo caquéctico”. La lamentable condición moral del Perú va a la par de su incapacidad intelectual. Por Perú se revela su progenitora. Si Perú pretende salir del círculo vicioso de sus múltiples impotencias, la filosófica, científica y literaria, “... nuestros hombres deben respirar desde niños un medio distinto del medio español y deben alimentarse de pueblos sanos, vigorosos, libres”. Su fe en ese positivismo –o quizá darwinismo culturalista– lo enfatiza, punto seguido: “En romper con las tradiciones coloniales; en mudar, si fuera posible, de lengua, estriba nuestra salvación: todo lo tradicional, todo lo español actúa de rémora o de fermento corruptor. En vez de marchar con naciones que se guían por la voz de los vivos, obedecemos inconcientemente a la fuerza comunicada por un pueblo que obedece a la voz de los muertos”⁴.

Con todo, tampoco resulta del todo explicable la feroz crítica gonzalez-pradiana sin consideración de los sucesos nacionales que derivaron en lo que el historiador Jorge Basadre llama “República aristocrática” (1895-1919). El traumatismo de la humillante derrota del Perú a manos de los chilenos en 1879, abre un ciclo de duras protestas por parte de González Prada en las que, en principio, se entremezcla

² GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *El Tonel de Diógenes*. Seguido de *Fragmentos y Memoranda*. Notas de Alfredo González-Prada. México: Ediciones Tezontle, 1945. Pág. 170.

³ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Grafitos*. 1. ed., París: Tipografía de Louis Bellenard et Fils, 1937. Págs. 37 y 38.

⁴ *Ibidem*. Pág. 170.

un patriotismo humillado, un anti-oligarquismo abierto, un anti-clericalismo sin atenuantes que era un anti-hispanismo matizado (más tarde, a su vuelta de Europa, se impondrá el problema social). El núcleo de la confrontación fue la región desértica de Atacama, al sur peruano, que se hizo deseable por los recién descubiertos yacimientos auríferos y de nitratos. Chile mejor equipado militarmente, infligió una serie de reveses a sus vecinos, no sin antes haberse destacado en la defensa de las costas peruanas el legendario marino Miguel Grau al mando de los acorazados *Independencia* y *Huáscar*. Pero, sin duda, el episodio más vergonzoso lo protagonizó el primer mandatario, el presidente Mariano Ignacio Pardo, quien "... en un acto sin precedentes en un líder nacional, abandonó el país en dirección a Europa con el poco convincente pretexto de recabar personalmente fondos en el extranjero para financiar la guerra".⁵ Vergüenza nacional y herencia hispánica se amalgaman como un todo crítico en un acento también "sin precedentes" en una figura intelectual: "Perú", escribe González Prada, "no sufrió calamidad más desastrosa que la guerra con Chile".⁶

La figura de Grau, justamente, se destaca en González Prada como personificación de la dignidad nacional, "legítimo heredero de la caballería española"⁷. "El *Huáscar*", se consuela pictóricamente el prosista de 1885, "forzaba los bloqueos, daba caza a los transportes, sorprendía las escuadras, bombardeaba los puertos, escapa ileso de las celadas o persecuciones. Y más que nave, parecía un ser viviente con vuelo de águila, vista de lince y astucia de zorro. Merced al *Huáscar*, el mundo que sigue la causa de los vencedores, olvidaba nuestros desastres y nos quemaba incienso; merced al *Huáscar*, los corazones menos abiertos a la esperanza cobraban entusiasmo y sentían el generoso estímulo del sacrificio; merced al *Huáscar*, en fin, el enemigo se desconectaba en sus planes, tenía vacilaciones desalentadoras y devoraba el despecho de la vanidad humillada, porque el monitor, vigilando las costas del Sur, apareciendo en el instante menos aguardado, parecía decir a la ambición de Chile: 'Tú no pasarás de aquí'. Todo esto debemos al *Huáscar*, y el alma del monitor era Grau"⁸. Al sucumbir el *Huáscar* se desprotegió el Pacífico y se abrió un boquete por el que, incontenible, se filtró el invasor.⁹

En Grau se resumían las cualidades hispánicas, como en un alcohol rectificado, que hacían de este héroe nacional peruano un ejemplar peculiar, de militar con honor, talento y competencia, de patriota y de hombre de fe. Raras son las páginas, quizá únicas, en que González Prada destaca cualidades y valores afirmativos en un personaje nacional: su galería de *Figuras y figurones* son las sombras chinescas del espectáculo vergonzoso de la vida pública peruana. A diferencia de Sarmiento que destacó, en un sentido herderiano, los tipos populares de la pampa –el rastreador, el baqueano, el gaucho malo, el cantor- para espiar en ellos una peculiaridad argentina, el caudillismo, González Prada se contrae a la denuncia de los males nacionales en la que la condición socio-económica de "Nuestros indios" es el resultado directo de la desvergüenza de "nuestros" figurones. Al lado de Grau, como héroe republicano, sólo cabe un lugar honorable a Francisco de Paula González Vigil (1792-1880). El clérigo laico, nacido en las últimas décadas del régimen colonial, representa un caso singular: "... se manifestó siempre republicano moderado, liberal al estilo de los revolucionarios franceses de 1848"¹⁰, es decir, "representaba el papel de jefe honorario de un partido liberal sin liberales, como quien dice, general en un ejército de soldados". Si, para decirlo con el *Lenz* de George Büchner, "el destino de la inteligencia es el exilio", podemos agregar que tras la figura de Vigil, por su temple moral, González Prada se retrataba a sí mismo. Su inmenso prestigio no le libra de la suerte de su aislamiento, una especie de exilio en sus propias fronteras nacionales, "las penurias del escritor" en tierras americanas. Incólume, a diferencia de Olavide que sólo fue "un hereje inédito, un impío de salón, un seudo filósofo que terminó por arriar bandera y cantar la palinodia", Vigil desplegó una obra de estudio y constancia "que pasa hoy día por atrevidas novedades" "en este pueblo de secular fanatismo

⁵ BETHEL, Leslie (ed.). *Historia de América Latina. 10. América del Sur. C. 1870- 1930*. Barcelona: Cambridge University Press. Editorial Crítica, 1992. Pág. 236.

⁶ González Prada, Manuel. *Páginas Libres. Horas de Lucha*. Caracas. 1985. Pág. 49.

⁷ Idem. Pág. 37.

⁸ Idem. Pág. 38.

⁹ Esta idea la expresa González Prada, en un escrito posterior, cuando hace una semblanza de Piérola.

¹⁰ Idem. Pág. 65.

español”¹¹. Vigil se presenta ante la posteridad como ejemplo y acusación, sin requiebres o retracciones *in extremis*. “En fin, por la fortaleza de carácter, por la sinceridad de convicciones, por lo immaculado de la vida, Vigil redime las culpas de toda una generación. No tuvo rivales ni deja sucesores, y descuello en el Perú como solitaria columna de mármol a orillas de río cenagoso”.¹²

En suma, del “río cenagoso” del Perú, sólo escapan el almirante Grau y el sacerdote ilustrado – teólogo y filósofo- Vigil. Dos perlas perdidas en esa galería esperpéntica de la política nacional que traza de los presidentes peruanos, a saber, Manuel Pardo (atenuado, por su “figura arrogante, simpática, varonil”¹³), Nicolás de Piérola, Eduardo Romaña y José Pardo. Con todo que las páginas sobre estos mandatarios fueron escritas en forma dispersa entre 1899 y 1903 y sólo reunidas a su muerte en 1938, cobran un sentido unitario a la luz del implacable examen a que somete el ensayista –periodista arrojado-¹⁴ las peculiaridades nacionales. Las semblanzas de estos espectros semejan a pústulas que supuran de una gangrena colectiva; radiografías morales de monstruos inmorales. Son verdaderas termitas que hacen de la nación un desierto y de la vida pública un cementerio. No sólo hieden sino que exudan sangre. Sólo sus torpezas, siendo retoños de “los amores del Genio Atolondramiento con el Hada Improvisación”¹⁵, se comparan con sus crímenes. Son los “bárbaros prehistóricos” que rentan de “la industria sudamericana de las revoluciones”¹⁶.

Las figuras de Pardo y Piérola surgen como complementarias, aunque a ellas asiste una desproporción en su temple moral. Con todo, ellas parecen encarnar o encarnan en forma superlativa dos males o vicios públicos que aquejan a la república peruana. La carencia de una democracia republicana, representativa y moderna, la inexistencia de una comunidad de ciudadanos es efecto y causa de una arraigada condición cultural. Pardo encarna al rico empresario que “soñaba con la restauración de los blasones y el establecimiento de un segundo Virreinato” (después de todo es el hijo del consagrado poeta Felipe Pardo y Aliaga), mientras Piérola es el sargento venido a más, con toda la vulgaridad y el desprecio al ser humano tejido en las naguas del jesuitismo. Pardo representaba o prolongaba una actitud señorial, hispánica, remozada al son de los grandes negocios modernos. Su Partido Civilista era, más bien, un club o mejor “una agrupación de mercaderes con ínfulas de señores feudales”¹⁷. Su civilismo es de fantasía; modo oportuno de oponerse imaginariamente a las dictaduras perpetuas. En otros términos, Pardo prolongaba, para González Prada, las ínfulas aristocratizantes del peruano, tanto más incisivas cuanto los cartabones de su legitimidad y pureza parecían más dudosos, tal como lo señalaron en su informe de la colonia los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa¹⁸. Pardo era otro “ventral”, ciertamente no uno más, pero otro “ventral” que transmitió en su hijo, José –quien “a los pocos años de haber dejado el biberón,... recibe la investidura de candidato a la Presidencia”-¹⁹, la fiebre del dinero.

De todos es Piérola quien merece su ataque más fulminante. Al modo como Montalvo pretendió darle muerte con su pluma a García Moreno, se figuraba González Prada disolver en su tinta al “bellaco”, “estrambótica mezcla de lo cómico siniestro con lo trágico ridículo”.²⁰ Esta “especie de trinidad carnavalesca formada por la integración de Arlequino, Roberto Macaire y un rata de *La Gran Vía*” que recorre las calles de Lima “con estrechísimos pantalones de gamuza, enormes botas de carabinero español, casco a la prusiana y dolman sin nacionalidad”, es el resultado de su educación en “Santo Toribio, al calor *non sancto* del clérigo Huertas”. “Ordenado de órdenes menores”, Piérola nunca “se desnudó del espíritu

¹¹ Idem. Pág. 68.

¹² Idem. Pág. 70.

¹³ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Figuras y Figuronas. Manuel Pardo- Piérola- Romaña- José Pardo*. París: Tipografía de Louis Bellenard et Fils, 1938. Pág. 195.

¹⁴ El dictador Piérola mandó a allanar y destruir las imprentas en dos oportunidades –a finales de 1898 y en agosto de 1899- en que González Prada se disponía a publicar la virulenta semblanza del presidente.

¹⁵ Op. Cit. Pág. 157.

¹⁶ Idem. Pág. 173.

¹⁷ Idem. Pág. 127.

¹⁸ En esta remembranza de Manuel Pardo, González Prada no se refiere expresamente al texto de los oficiales españoles, pero otros escritos suyos están aludidos en forma taxativa.

¹⁹ Idem. Pág. 284.

²⁰ Idem. Pág. 164.

clerical y jesuítico al borrarse la corona y desvestirse de la sotana”²¹. “Hoy mismo acude fielmente a las asistencias religiosas, invierte sumas enormes en refaccionar las iglesias, harta de oro a los obispos nacionales que asisten al Concilio Latino Americano, favorece todas las pretensiones absorbentes del clero y, con un simple decreto, desvirtúalos pocos buenos efectos de la ley sobre matrimonio entre los no católicos”²². Hipócrita, conservador, autoritario, “monárquico por temperamento”, mulato envidioso, traidor, mixtura intelectual de “la egoteria frailuna de un teólogo con la artimaña leguleyesca de un picapleitos”, Piérola “... es un casuístico doctor de Salamanca involucrado en un fulleresco tinterillo de Camaná”²³. Lleno de lugares comunes, adagios a lo Sancho, prosa “enrevesada, bombástica, gerundiana”, si algo lo distingue es su habilidad por llenarse los bolsillos de dinero a costa del fisco (vive de los contratos Dreyfus) y liquidar a sus enemigos, asesinandolos (pesa sobre su conciencia la muerte de Manuel Pardo). Confunde las argucias del enriquecimiento propio con la ciencia de la economía política. Entiende la democracia por el forro, sólo a su favor, y ahoga en sangre a las muchedumbres que se le oponen. Y si inventó un partido, el Democrático, insiste González Prada, no fue más que por oponerse al Civilista de Pardo, sin que el nombre corresponda semánticamente a la cosa.

En fin, basta reproducir dos párrafos característico de la prosa de González Prada en que parece lapidado moralmente el dictador-crápula que encierra ese mal sin remedio, transitorio, de la política peruana: “Pero, ¿cómo seguir a Piérola en esa fecundidad macabra, en esa vida de cadáver a quien le crecen los pelos y las uñas mientras se le pudre el cerebro y se le agusana el corazón? Todo se dice al afirmar que, siempre el mismo, nos ha dado y sigue dándonos un gobierno de iniquidad y mentira, de favoritismo y malversación, de lupanar y sacristía: si en 1880 era un payaso ecuestre evolucionando en un circo de sangre, desde 1895 es un clown pedestre haciendo cabriolas en un tapiz de miriñaques y sotana”. “Así, pues, el hombre actual no se diferencia del hombre antiguo, el Presidente sigue las huellas del Dictador; y no podía suceder de otra manera desde que la patología del individuo no ha experimentado la más leve modificación. Hoy, como ayer, el estado mórbido de Piérola se diagnóstica de este modo, no contando por supuesto con achaques leves o pequeñas dolencias intercurrentes: megalomanía, hipertrofia del yo y tendencias al delirio incoherente, agravadas con eretismo crónico y decretorrea en el periodo agudo”²⁴.

No es difícil emparentar la figura de Piérola con la serie de caudillos que asolaron la América hispánica desde sus inicios republicanos. Sarmiento ha ofrecido una explicación compleja y plausible, en un cuadro de incomparable fuerza expresiva, de los “bárbaros, tártaros” que, nacidos de las entrañas de las provincias, en una guerra a muerte con la civilización europea, impusieron un código inédito y una autoridad política estafalaria. Era los caudillos hechos consumados de una autoridad americana, no rectificadas por las lecciones de la Ilustración, por los modales urbanos, por el mundo burgués, en fin, por la Independencia. Piérola es pintado como una especie de Facundo Quiroga evolucionado. Porta los modales básicos extravagantes, arbitrarios y autoritarios del caudillo argentino, apodado, el *Tigre de los Llanos*²⁵, pero adecuados a un marco social y político más adelantado. Es más bien, Piérola una especie de Juan Manuel de Rosas peruano, que ha hecho sistema esta violencia americana, que ha sabido adecuarla a las nuevas circunstancias: a medio camino entre la rudeza rural y la sofisticación urbana. De la pasta del Piérola de González Prada, transfigurados novelescamente, nacen los esperpentos de Valle Inclán, *El Señor Presidente* de Asturias, *El gran Burundún-Burundá* de Jorge Zalamea, en fin las novelas más recientes, *Yo el Supremo* de Roa Bastos, *El recurso del método* de Alejo Carpentier o *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez²⁶. Con todo, el amplio cuadro sociológico y socio-cultural que abre Sarmiento en el *Facundo* sigue siendo más provechoso que la imagen degrada moral de los Piérolas peruanos de González Prada, e incluso más sustancial, por sus matices comprensivos, -de capas civilizatorias yuxtapuestas que recuerdan a los trabajos

²¹ Idem Pág. 189.

²² Idem. Pág. 192.

²³ Idem. Pág. 203.

²⁴ Idem. Pág. 224 y 225.

²⁵ SARMIENTO, D. F. *Facundo*. Buenos Aires: Circulo Literario. 1945. Pág. 95.

²⁶ El estudio clásico de Ángel Rama, *Los dictadores latinoamericanos* (F.C.E., México, 1976) brinda oportunas sugerencias sobre este “arquetipo latinoamericano”: el “figurón” gozalez-pradiano es variación del “Caudillo”, “Padre”, “Sabio”, “Primer Magistrado”, “Supremo”, “Patriarca”, “Bienhechor”, “Generalísimo”, “Protector”.

de Ferdinand Braudel de los procesos de “larga duración” - , que obras más recientes y llamativas. En suma, a la patológica vida pública peruana, encarnada en sus hombres públicos como pus moral, González Prada le da este sumario diagnóstico, en su célebre “Discurso del Teatro Politeama”: todos nuestros hombres públicos “... se alejan encorvados, llevando en sus espaldas una montaña de ignominias”²⁷.

Eran los figurones de González Prada como brotes externos de males más profundos; la epidermis enferma de un cuerpo social carcomido. Una de las expresiones de esa patología interna era la improvisación, la carencia, pues, de una ética secular del trabajo que, sobre la base de la formación, el servicio y el talento –la premisa kantiana de la competencia-, articula las acciones sociales y políticas hacia un rumbo definido. Improvisación y atolondramiento, desorientación e incompetencia eran sinónimos de atraso. Perú se deslizaba por un desbarrancadero, en el cual nadie sabía lo que tenía que hacer, pero todos presumían dar las órdenes precisas –dictadas por la incoherencia- en un desconcierto general. “Las impresiones de un reservista”, escritas en 1915 para el periódico limeño “La Capital”, ponen de presente esa condición peculiar de ineficiencia peruana y anacronismo hispánico, cuyo resultado fue la victoria chilena. “Un profesional”, sostiene en esta nota, “nos enseñaba la Táctica del Marques del Duero, o, mejor dicho, la aprendía con nosotros”²⁸. Vale decir, anacronismo e incompetencia, sin atención a los métodos modernos de la guerra, eran las sombras que pedían de la España espectral sobre el inepto oficial peruano. Este era el caldo de cultivo de las dictaduras, de los autoritarismos de toda especie, de esa modorra barroca, del siglo XVI, que gravitaba sobre todas las clases desde el presunto descendiente de aristócratas peninsulares hasta el indio embrutecido y el chino que acechaba, recién arribado, a estas playas desventuradas. Volveremos sobre ello.

Si la vida política presentaba ese espectáculo deprimente para González Prada, su literatura no infundía más que tristeza. Aquí la huella española pisaba hondo, como mancha indeleble. El rezago del Perú en materia literaria, la modorra en que se mecía la literatura nacional era la consecuencia de la pervivencia del orden colonial en una república a palos. Perú estaba lejos de haber producido a los Sarmientos, Bellos, Echeverría, Isaacs, Altamiranos, de otras latitudes de Hispanoamérica. En la misma Colonia, la literatura peruana fue apenas un gesto simpático o solemne. El virreinato peruano no había pasado de producir a Juan de Caviedes, “el poeta popular” y a Peralta y Barnuevo, “el erudito y aristocrático”. La república, es decir, una engañosa forma institucional de perpetuar el sueño colonial, había dado magros frutos literarios en pocas figuras apenas de recordación. Don Felipe Pardo y Aliaga quien “... disfrutó de gran reputación hasta el día en que se publicaron sus obras completas”, don Manuel A. Segura quien “... pudiendo haber sido un eximio escritor de sainetes tuvo la pretensión de ser un autor de comedias” y Clemente Althaus quien “... con menos timidez en la forma, con más elasticidad en el estilo, sin el tinte religioso y patriotero, habría producido composiciones de verdadero mérito”²⁹, estos tres autores resumen la casi totalidad de las letras del Perú independiente. Su obras son productos mediocres, que brillan pálidos con luz ajena, reproductores de una literatura provinciana; trasnochadas líneas reflejas de la trasnochada literatura española. Renuncia, en este caso, a trazar un cuadro más coherente, tal como el que décadas más tarde suministra José Carlos Mariátegui de la evolución de las letras peruanas en sus *Siete ensayos*. El lacónico comentario gonzález-pradiano se convierte en toque de diana de una batalla entablada en otro campo más basto.

En efecto, estos sumarios y fragmentarios juicios literarios encerraban una crítica mayor que González Prada desarrolla en su campaña contra Ricardo Palma. La “Conferencia en el Ateneo de Lima” (1885) y el “Discurso en el Teatro Olimpo” (1888), así como sus ensayos “Valera. Poeta y epistolario” (1896) y “Castelar” (1894) comprenden un cuerpo sólido de su doctrina literaria destinada a servir de punto de partida a la independencia literaria peruana. Punto de partida polémico, cargado de una erudición y una cultura intelectual desconcertante, de una asimilación de los presupuestos de la modernidad literaria – nutridos de las literaturas inglesa, francesa y alemana, leídas en sus originales- sin la cual resulta

²⁷ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Páginas Libres. Horas de lucha*. Pág. 29.

²⁸ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *El Tonel de Diógenes*. Pág. 31.

²⁹ Idem. Págs. 125-128.

impertinente evaluar el alcance provocador y estimulante de sus anotaciones comprensivas. En estos trabajos despliega el ensayista peruano su erudición, sus horas de estudio –de años de encierro benedictino en su hacienda del valle de Mala, cabría anotar-, sino que enfila, como un guerrero solitario, las baterías para atacar al enemigo de la creación nacional. Pueril sería considerarlo como un iconoclasta que busca en el ruido el reconocimiento que hasta ese momento carece. No es el escándalo su meta, aunque la resistencia y la ira en su contra fueron compañeras inseparables del *debater* inesperado. Como francotirador, apuntaba dardos impertinentes y daba en la diana del orgullo herido de los aludidos. A punta de hachazos, abría la manigua hispanizante que no permitía contemplar un panorama amplio de las letras universales. Se cernía sobre la presa, medio indefensa y medio a descubierto. Osado, impertinente, sugestivo, puntilloso y puntual, González Prada se hacía camino a despecho de la tradición literaria *virreinalista* y sus páginas reverberaban de palabras nuevas, de ideas con carne, de conceptos inéditos. Se extenuaría, el lector contemporáneo, de recorrer las obras de sus contemporáneos, en las Españas, para encontrar un *alter ego* –de comparable fisonomía, incluidos Martí, Rubén Darío o Unamuno- de este soberbio intelectual peruano. Frisaba los cuarenta, cuando González Prada emprende la arremetida incontenible de sus “*páginas libres*”. Era un rayo que cae en un medio día sin nubes.

La “Conferencia en el Ateneo” es una pieza augural que clama por superar “las descansadas artes del plagio” de nuestra tradición literaria, para decirlo con Jorge L. Borges. “La imitación, que sirve para ejercitarse en lo manual o lo técnico de las artes, no debe considerarse como el arte mismo ni como su primordial objeto”³⁰, afirma. Frase que se destaca sobre la siguiente: “En literatura, como en todo, el Perú vivió siempre de la imitación” y así como ayer imitamos a “Quintana, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, Trueba”, hoy se continúa con la serie de los “Heine y Bécquer”, “Catalina y Selgas”³¹. Si Severo Catalina ofrece una poesía sensitiva y vasto talento, como fe ciega católica; su obra “no inflama odios ni causa repulsión”, melancólica y triste, José Selgas y Carrasco, de la mano de una erudición insegura de segunda mano, “emprende una cruzada contra Ciencia y civilización moderna”³². Sus frases son intercambiables como sus párrafos y de su estilo en prosa “asmático entre los asmáticos” “fatiga con retruécanos, aburre con antítesis, desconcierta con rebuscamientos”. “Tales son en bosquejo Catalina y Selgas, prosadores sin legítima originalidad, pues se derivan de gacetilleros parisienses”.

Otra cosa son Enrique Heine, ese “ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire” y el poeta sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, quien “va germanizando la poesía castellana”, como “Meléndez Valdés, Cienfuegos y Quintana la afrancesaron, como Boscán y Gracilaso la italianizaron”³³. Heine, “como piensa con el cerebro de Mefistófeles y siente con el corazón de Fausto”, es un infante, un audaz, un atrevido. “A nadie respeta:”, dice González Prada como casi hablando de sí mismo, “... zahiere a Schlegel, Hegel y Boerne, arremete contra Goethe, no perdona poeta de Suevia, se ríe socarronamente de Madame Staël, moteja a Ballanche, llama a Villemain un dómine ignorante, a Chateaubriand un loco fúnebre, a Victor Hugo un hombre jorobado moralmente”³⁴. Hizo de su patria Francia, contrajo allí matrimonio y no sintió nostalgia alguna: “Todo lo alemán me es antipático”, cita el peruano de una carta de Heine a su amigo Christian Sethe, “y tú eres alemán por desgracia. Todo lo alemán me produce efecto vomitivo. El idioma alemán me destroza las orejas”³⁵. Cita en la que se puede inferir una “afinidad electiva” de González Prada, que cabe traducir de este modo: casi, casi “todo lo peruano me es antipático”, sus políticos, hombres públicos y escritores a lo Palma “me producen un efecto vomitivo” y el idioma –poético y prosaico- de la España imperial contemporánea “me destroza las orejas”. La acritud de Heine, concluye el peruano, no es efecto de un mal carácter, sino de grandes dolores, de sus continuos padecimientos.

Bécquer goza, por su parte, de una justa popularidad en España y América y su importancia relativa al poeta renano, es la que va del maestro al discípulo. Es parco, sencillo, sincero. Sabe recrear el *lied* alemán,

³⁰ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Páginas Libres. Horas de Lucha*. Pág. 4.

³¹ *Ibidem*.

³² *Idem*. Pág. 5.

³³ *Idem*. Pág. 9.

³⁴ *Idem*. Pág. 7.

³⁵ *Idem*. Pág. 8.

a veces de incomparable belleza: “*En la impotente nave/ Del templo bizantino/ Vi la gótica tumba a la indecisa/ Luz que temblaba en los pintados vidrios*”³⁶. “De su viaje ideal por las tierras de Hermann y Thusnelda”, avala el crítico y poeta peruano, Bécquer “... regresa con la melancolía, esa flor nacida en las nieves del Norte, y forma la fusión agradable y extraña de andaluz con alemán”. A diferencia del *Intermezzo* heiniano, *Las Rimas* becquerianas no fatigan; están hechas con dulzura, resignación, marcado por una individualidad y la novedad rítmica: son suyas “la asonantada estrofa de cuatro versos, el heptasílabo y el endecasílabo” singular. Con todo, la tarea de germanizar la poesía en lengua española –no se confunda con la “teutomanía”– está por proseguir: falta la aclimatación de la objetividad de las baladas, del arte dramático de Bürger, Schiller, Uhland, del arquitectónico de Goethe –“arquitectura en movimiento”. En nuestra poesía casi todo suena a sentimentalismo o melodrama: “Si la poesía castellana tiene que reducirse a ineptias y vaciedades propinadas en dosis infinitesimales, renunciemos de una vez a poetas y versos”.

Pero si ese esfuerzo –no de imitación sino- de asimilación es un recurso legítimo, la historia de la poesía española ofrece ejemplos dignos de seguir: son ejemplo de innovación y aún de arte revolucionario Góngora, Cienfuegos y Zorrilla. El *Romancero*, Cervantes, Lope de Vega, Calderón y Echegaray son “... bárbaros si se quiere, pero bárbaros libres”³⁷. Ellos brindan a los escritores peruanos paradigmas de heterodoxia en literatura. Y, en un gesto que es una anunciación de la promesa con una reconciliación –no una restauración literaria como pretendía Miguel Antonio Caro-, González Prada habla claro para oídos que quieren estar despiertos: “Volvamos los ojos a los autores castellanos, estudiemos sus obras maestras, enriquezcamos su armoniosa lengua; pero recordemos constantemente que la dependencia intelectual de España significaría para nosotros la indefinida prolongación de la niñez. Del español nos separa ya las influencias del clima, los cruzamientos etnográficos, el íntimo roce con los europeos, la educación afrancesada y los 64 años de tempestuosa vida republicana. La inmigración de los extranjeros no viene al Perú como ráfaga momentánea, sino como atmósfera estable que desaloja a la atmósfera española y penetra en nuestros pulmones modificándonos física y moralmente. Vamos perdiendo ya el desapego a la vida, desapego tan marcado en los antiguos españoles, y nos contagiamos con la tristeza gemebunda que distingue al indígena peruano”³⁸. La tarea de renovación es una tarea conciente y perseverante de recuperación, de sorber en las fuentes del idioma los líquidos mágicos y cristalinos que nos garantizan una mocedad prolongada. En esa expedición a los orígenes, sin muletas de colonizado, renovamos tanto como los alemanes –se podría comprender aquí el giro romántico de González Prada- buscaron en la Antigüedad griega, en los poetas místicos medievales, en la leyenda de Ossian o los dramas de Shakespeare motivos nutricionales de la revolución que produjo, casi simultáneamente, el *Guillermo Tell* de Schiller y el *Fausto* de Goethe. ¿Qué otra cosa significó el debate emergente de los conceptos “literatura nacional/ literatura nacional”, “un dar y tomar mutuo de todas las literaturas”? El rezago literario peruano, se puede pensar, era una ocasión a González Prada para propiciar un salto cualitativo ventajoso. El porvenir era la palabra de la hora.

El “Discurso en el Teatro Olimpo”, por su lado, complementa esa anunciación esperanzadora. El *Círculo literario*, del que era portavoz González Prada, declaraba el “radicalismo en la literatura”³⁹. Es el portavoz de una nueva generación que, vejada por la derrota ante Chile, quiere reivindicar sus fueros colectivos de lo próximo. Hay un entusiasmo que no conoce la pieza anteriormente comentada, y se semeja más al empujón que un compañero mayor da al menor en el borde del trampolín, para dar ese salto al vacío literario. Ahora es más radical: “Ningún escritor nacional ni español...” debe guiar a la nueva generación peruana del *Círculo*: “nada nuevo aprenderemos de la España monárquica y ultramontana”, ni de la España que pretende seguir instruyéndonos con Nocedal en materia religiosa, con Cánovas en política y con los Guerra y Orbe en literatura. España es una moribunda que presume de inocularnos una transfusión de sangre infectada. Ninguno de los grandes pensadores y escritores del siglo, ni Hegel ni Schopenhauer, ni Darwin ni Spencer, ni Fourier ni Comte, nacieron en España ni trasegaron por las letras castellanas. ¡Nada

³⁶ Idem. Pág. 10.

³⁷ Idem. Pág. 17.

³⁸ Idem. Pág. 17.

³⁹ Idem. Pág. 25.

de representantes oficiales de la Península: “Nuestro guía debe estar, pues, en el estudio de los grandes escritores extranjeros, en la imitación de ninguno”⁴⁰. Y concluye, punto seguido: “Estudiar ordenadamente es asimilar el jugo segregado por otros; imitar servilmente, significa petrificarse en un molde”.

En un país como el Perú, sin verdadera nobleza, sin clero culto, sin burguesía emprendedora, sin campesinado fanatizado y sin verdaderos partidos de ideas, no hay genuino enemigo al que enfrentarse. Así que el camino le queda libre al escritor honrado, veraz y con ideas. Falta sacudirse de los arcaísmos y de las prácticas perniciosas de un periodismo adocenado. La palabra debe insuflar vida a la juventud, sacudir la parsimonia del burgués, agitar la conciencia ciudadana. Debe estar dirigida al pueblo, “...como campana de incendio en avanzadas horas de la noche”.⁴¹ El sesgo político, el énfasis en la responsabilidad pública de la escritura, se impone como una nota distintiva. No se trata de una batalla de salón con la escritura, sino de una guerra sin cuartel contra la realidad infamante. Con tres años de distancia de su primera intervención, en el mismo año en que el delicado *Azul* dariano hacía su aparición en Santiago de Chile, González Prada hablaba con voz bronca, retadora, de inequívoca toma de partido. Anticipaba o era expresión temprana tal vez de la lucha entre los “*beaux quartiers*” y los “barrios bajos”. O parece sugerir: ¡Guerra a lo establecido! ¡Guerra a Palma! Pues la palabra debe encerrar, según ese texto, “vida y salud”.

Sus contribuciones sobre “Varela” y “Castelar” son variaciones pragmáticas de ese sacudir las cadenas de cepo español. Son, en realidad, dos ensayos de ajuste de cuentas literario (o teologal). Juan Valera se exhibe, en estas notas, como un poeta de convención que se vale -distinción de poetas americanos y españoles- de “dos adjetivos”, “una frase del siglo XVI” y “otra frase traducida o imitada de algún escritor francés” para facturar sus composiciones. Siete versos de Valera se pueden, sin trauma alguno, reducir a dos. Así como abulta en poesía, también se muestra desacertado en materia de asimilación literaria. Valera cree mantenerse puro. A propósito de una falsa polémica con José Nakens sobre si Campoamor abreva o no en Víctor Hugo, el autor de las *Cartas Sudamericanas* (“ocios de cesante o diplomático”)⁴² revela su condición hispánica: niega o reniega de la influencia extranjera pues “... atacar todo lo francés, achaque de todo buen español”⁴³. Aparente escéptico, su volteranismo es aguado; más aún, se traduce en “teomanía” y “cristolatría”. “No puede mentar a Maquiavello sin anteponerle el calificativo de impío, y arremete contra Pi y Margall porque niega la vida futura; pero se conmueve hasta casi derramar lágrimas porque la Avellaneda experimenta en sus últimos años el histerismo ascético, y eleva un solemne *Te Deum* porque el grotesco Adolfo de Castro “se convierte de sus antiguas ideas de librepensador a ferviente católico”⁴⁴. Varela es, en fin, traductor directo del inglés y alemán, y sus versiones de poemas cortos de Uhland y Goethe que “suelen rivalizar con los originales”, “...figurarán en las antologías españolas, como figuran en las vidrieras del confitero las perlas de azúcar, rellenas con lágrimas de exquisita mistela”⁴⁵.

“Castelar” es un motivo complementario. Si merece un título es el de “ilustre calamidad”. En efecto su lenguaje es “sesquipedal, heteróclito, abracadabrante, palingenésico, caótico, superplanetario y cosmogónico”; su liberalismo es “expectante y emoliente”; en sociología “sólo divaga cuando intenta vulgarizar”; como orador es “un capuchino extraviado en la política”; está, pues, cerca del “hombre-orquesta que azora y divierte”. “Considerándolo bien, es el tambor mayor del siglo XIX: marcha presidiendo el bullicioso batallón de los hombres locuaces, de todos los inagotables habladores que hablan y hablan por el solo prurito de hablar”⁴⁶. Su personalidad denuncia al actor, nunca al hombre. Es una caja de sorpresas, llena de valores dudosos. Ampuloso, sonámbulo, sobre sus hombros descansan tres pecados

⁴⁰ Idem. Pág. 28.

⁴¹ Idem. Pág. 32.

⁴² Con justa ironía consagra González Prada las siguientes palabras al pontífice literario de Hispanoamérica en *Páginas Libres*: “Considerando con razón a España como nuestra madre y creyendo posible nuestro regreso a la vida de feto, quiere convertirse en el cordón umbilical”. Pág. 144. En otro apartado: “Por mucho que se proclame un simple diletante denuncia siempre al escritor que se propone llenar diariamente un número fijo de cuartillas: si tiene algo que decir, escribe; si nada tiene que decir, escribe también...”. Pág. 145.

⁴³ Idem. Pág. 138.

⁴⁴ Idem. Pág. 139.

⁴⁵ Idem. Pág. 140.

⁴⁶ Idem. Pág. 152.

enormes: "... haber convertido el idioma castellano en orquesta forana y churrigueresca donde predomina el tantán chinesco y la esquila del convento; haber hecho de la Historia, ya una leyenda inverosímil como las novelas de Dumas, ya una mascarada trágica como los girondinos de Lamartine; y haber representado el papel de colaborador inconsciente del carlismo, contribuyendo a que España sea lo que es hoy: el clericalismo conduciendo a la monarquía, el ciego cargando al paralítico".⁴⁷

A esta polémica sobre la identidad literaria, que de alguna forma retoma los temas y motivos ya expuestos en Hispanoamérica en el Salón Literario bonarense –con Estaban Echevarría y Juan María Gutiérrez, entre los más destacados- de 1837, y que pueden percibirse también en un Ignacio Manuel Altamirano, vale decir, la búsqueda de la autonomía e independencia literaria, se suma o se ata indisolublemente el problema del idioma. En gran medida, el problema de la independencia literaria y la cuestión del idioma se perciben como un *continuum* polémico contra España. El problema del idioma se plantea, consecuentemente, como un tema central en el marco de la discusión de la imagen de España en González Prada. Su temprana "Conferencia en el Ateneo de Lima" de 1886, pone el acento sobre este problema capital de la pugna contra los tradicionalistas. Creemos que Benedikt Anderson⁴⁸ acierta, hasta cierto grado, cuando anota la importancia que tuvo el debate sobre la lengua en los procesos de independencia americanos y la afirmación de su identidad nacional. La paradoja se presenta ante la evidente circunstancia que las excolonias afirman o pretenden afirmar su independencia cultural de la metrópoli, recogiendo el imaginario de la presunta o real autonomía lingüística. Ciertamente que la lengua castellana, como la inglesa –en Estados Unidos, en todo caso el problema de la lengua oficial llevó a la disyuntiva si era el inglés o el alemán, en consideración de la significativa porción de migración alemana a esa nación- eran las lenguas compartidas entre metrópoli y colonias. Entonces, ¿en dónde podía radicar esa afirmación cultural? En todo caso, el problema de la lengua apuntaba o implicaba dos elementos interdependientes, pero, de alguna manera, diferenciados, a saber, el problema de la diferenciación lingüística, semántica, sintáctica, fonética, por un lado, y por otro, el problema de la independencia literaria.

Al menos desde la empresa periodista de la "Biblioteca Americana" de Andrés Bello y Juan García del Río (1824) en Londres, ampliamente tratado en capítulos anteriores, el problema de la autonomía lingüística se había puesto de presente como parte integral de las gestas emancipadoras. No significa otra cosa la propuesta de reforma o simplificación de la ortografía, que atendía tanto a los aspectos específicamente fonéticos como a los pedagógicos. Juan María Gutiérrez, en sus cartas polémicas contra la Real Academia de la Lengua en 1875, había ido mucho más lejos al haber rechazado el título de "correspondiente", y asegurado que en cuestiones de gramática prefería ser tratado de cangrejo, pero era "nuestra cangrejearía". Pero, incluso, en el mismo Perú, Paz Soldán, con su *Diccionario de Peruanismos*, abría un compás de expectativas en esa afirmación lingüística, en un país cuya intelectualidad se mostraba empecinadamente hispanista. En esta tradición, enriquecida en cada etapa de la vida republicana por aportes de diversa calidad, la voz nerviosa y juvenil de González Prada venía a sentar un criterio, para decirlo cartesianamente, "claro y distinto". El agitador intelectual, se muestra reflexivo e, incluso, didáctico.

Ciertamente, entre España y el Perú se comparte la misma comunidad de la lengua castellana, pero entre los peninsulares y los americanos se traza un abismo histórico-cultural: "No hablamos hoy como hablan los conquistadores: las lenguas americanas nos proveen de neologismos que usamos con derecho, por no tener equivalentes en castellano, por expresar ideas exclusivamente nuestras, por nombrar cosas íntimamente relacionadas con nuestra vida. Hasta en la pronunciación ¡cuánto hemos cambiado! Tendemos a eludir la *n* en la partícula *trans*, y a cambiar por *s* la *x* de la preposición latina *ex*, antes de consonante, en principio de vocablo. Señores, el que habla en el momento ¿qué sería en alguna academia de Madrid? Casi un bárbaro, que pronuncia la *ll* como la *y*, confunde la *b* con la *v* y no distingue la *s* de la *z* ni la *c* en sus

⁴⁷ Idem. Pág. 153.

⁴⁸ Nos referimos al capítulo sobre nacionalismo y lenguaje del conocido libro *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (F.C.E, México, 2005) de Anderson, Benedikt.

sonidos suaves”. Concluye jovial: “Cien causas actúan sobre nosotros para diferenciarnos de nuestros padres: sigamos el empuje, marchemos hacia donde el siglo nos impele”⁴⁹.

En otros términos, acude a la actitud desafiante del argentino Gutiérrez, atenuada por el marco de la “Conferencia”, como medio de divulgación de ideas, y, partiendo tácitamente del postulado romántico de que el pueblo es el legislador del lenguaje, que también fue punto de partida del “correspondiente” Caro, arriba a una conclusión opuesta al patricio colombiano⁵⁰: antes que una comunidad con España, nos distancia un océano, una historia nacional, una peculiaridad local intransferible. Un rasgo diferenciador, imprescindible, base y fundamento de nuestra identidad literaria. Pero no solamente lo nuestro, sino lo nuevo, el tráfico de mercancías y de ideas del siglo XIX, nos legitima para esa empresa singular. Contra el arcaísmo o, mejor contra lo arcaizante intencional⁵¹, se impone lo actual y diverso. Lo propio es también la facultad de asimilar, de tomar y tamizar no solo lo castellano sino lo transpirenaico, lo que procede de Francia o Alemania, de Víctor Hugo o Zola, de Goethe o Heine. Esto es el americanismo. “Y no tomemos por americanismo la prolija enumeración de nuestra fauna y de nuestra flora o la minuciosa pintura de nuestros fenómenos meteorológicos, en el lenguaje saturado de provincialismos ociosos y rebuscados. La nacionalidad del escritor se funda, no tanto en la copia fotográfica del escenario (casi el mismo en todas partes), como en la sincera excepción del yo y en la exacta figuración del medio social. Valmiki y Homero no valen porque hayan descrito amaneceres en el Ganjes o noches de luna en el Pireo, sino porque evocan dos civilizaciones muertas”⁵².

Algunos pocos “Grafitos”, esas curiosas y agudas composiciones poéticas de González Prada, que en general permanecieron inéditos hasta una publicación póstuma de 1937, nos complementan esa imagen picante del pensador peruano de la “España eterna”:

“Balmes

Balmes dice gravemente

Que, sabiendo el Catecismo,

Lo sabe todo la gente

Porque sabe el Cristianismo.

Pues admírese la Tierra:

A varón de tal calaña,

A quien tal criterio encierra,

Llamó filósofo España.”⁵³

“Biblioteca de Rivadeneira (La)

Mercado y joyería,

⁴⁹ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Páginas Libres. Horas de lucha*. Pág. 17. Una síntesis de estas variaciones o simplificaciones ortográficas –que recuerda tanto a Bello, Sarmiento o incluso al joven filólogo socialista Unamuno- las expone González Prada en la Advertencia a Páginas Libres: “Las más notables son:

Cambiar por *s* la *z* en la proposición latina *ex*, antes de consonante; pero conservarla en expresiones como *exministro*, *expapista*.

Suprimir la *n* en la partícula *trans*, antes de consonante.

Poner *i* en los lugares de la *y* vocal *i* conjuntiva.

Usar *j* en los sonidos fuertes de la *g*

No actuar la preposición *a* ni las conjunciones *e*, *o*, *u*.

Restablecer las contracciones *déli* *dellos*, *della* *i* *dellas*, *desde* *i* *destos*, *desta* *i* *destas*, *dese* *i* *desos*, *desa* *i* *desas*, *desto* *i* *deso*.

Eludir vocales por medio del apóstrofo: sin excepción, entre artículos o preposiciones *i* las otras palabras; algunas veces, entre pronombres o conjunciones *i* las demás partes de la oración; nunca entre verbo *i* verbo, sustantivo *i* sustantivo, verbo *y* adjetivo, etc.”

⁵⁰ El historiador inglés Malcolm Deas en diversas ocasiones ha subrayado el peso característico del patriciado bogotano en la configuración de la vida política e intelectual colombiana que encuentra en Caro un representante conspicuo de su mentalidad conservadora.

⁵¹ Sería, por ello un desacierto hablar de un Tomás Carrasquilla, como se habla de un Ricardo Palma o Juan Montalvo, los arcaizantes *per excellence* porque el escritor antioqueño, autor de *La marquesa de Yolombo* y *Hace Tiempos*, saca de la vida regional, del natural, las pervivencias de lo pasado, pero que son presente en la vida socio-cultural de su región montañesa. No compartimos el apelativo endilgado con frecuencia a Carrasquilla como “el Pereda colombiano”.

⁵² Idem. Pág. 18.

⁵³ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Grafitos*. Pág. 34.

Legumbres y diamantes
Enfiladas de perlas
Y sarta de tomates.”⁵⁴

“Echegaray

El verdadero y típico
Dramaturgo español
Hay en su genio ráfagas
De Lope y Calderón.”⁵⁵

“Cervantes

Aunque chillen los pedantes
Y arruguen todos el ceño,
Lo declaro yo: Cervantes
Suele producirme sueño.
El Quijote se volviera
Obra divina de verdad,
Si otro Cervantes pudiera
Reducirle a la mitad”⁵⁶

“Krause

La maravilla secular de España
Es la ocurrencia de endiosar a Krause;
Mas sin Krause, *los genios españoles*
Continuarían adorando a Balmes”⁵⁷

“Quevedo

Sabes unir en tu verso
Contundente y vengador
La picada del mosquito
Al zarpazo del león.
En la Grecia de Pericles,
Lejos del mundo español,
Buscaremos tus iguales,
Pero no tu superior”⁵⁸

“La Academia española

Esa caduca institución linfática,
A pesar de su lema estrafalario,
No sabe definirnos la Gramática
Ni logra componer el Diccionario”⁵⁹

⁵⁴ Idem. Pág. 35.

⁵⁵ Idem. Pág. 42.

⁵⁶ Idem. Pág. 38-39.

⁵⁷ Idem. Pág. 48.

⁵⁸ Idem. Pág. 55.

⁵⁹ Idem. Pag. 72.

No podría cerrarse este acápite sobre las imágenes de “la caduca España” de González Prada, sin antes no reproducir por extenso el poema escrito en Madrid “España” (1897) publicado en el periódico “Los Parias” y reeditado en el volumen *Libertarias*:

“Tierra fósil, mundo arcaico,
Eres el triple mosaico
De torero, chulo y cura;
Donde el fruto sabe a muerto,
La flor hiede a sepultura.

Murió Felipe Segundo;
Mas su aliento nauseabundo
Emponzoña todo aliento.
No existe ya Torquemada;
Mas su sombra agigantada
Cubre Tierra y firmamento.

Silba el mirlo en *canto llano*,
Grazna el cuervo a lo cristiano,
Entona el aire aleluyas,
Y desde Vigo a Gerona
Los montes llevan corona,
Las nubes fingen casullas.

Nadie busque en tu pasado
Un talento emancipado
De la hueca Teología;
Que su gran saber, oh España,
Se redujo a telaraña
En oscura sacristía.

Hoy tu ciencia mendicante
Es monótona variante
Del *gloria in excelsis Deo*,
Que el autor de más mollera
Al quitarse la chistera
Hacer ver el solideo.

Si ayer, con brazo potente,
Un inmenso continente
Conquistaste y descubriste,
Hoy cautiva en tus fronteras
Años tras años esperas
Quien te descubra y conquiste.”⁶⁰

Imaginamos que don Marcelino Menéndez Pelayo habrá estado –en grado sumo- de incluir esta pía pieza en su *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, con la rendida aquiescencia de don Miguel Antonio Caro.

⁶⁰ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Libertarias*. París: Tipografía de Louis Bellenand et Fils, 1938. Págs. 85-87.

2. *El anarquismo español en la obra de González Prada*

El camino de González Prada “hacia la otra España”, para decirlo con el título de un juvenil libro de Ramiro de Maetzu, está lleno de sobresaltos y poco exploradas vicisitudes. No es fácil, sin duda, restablecer las relaciones intelectuales, las suscitaciones y los estímulos intelectuales que las obras de los autores españoles y en particular las personalidades intelectuales peninsulares le generaron en su estadía por dos años en Barcelona y Madrid. El ambiente caldeado político de oposición al canovismo –que no culminó sólo con el asesinato del dirigente conservador por el anarquista italiano Angiolillo en el balneario guipuzcoano de Santa Águeda- y el fermento literario de la “Juventud del 98” forman un marco suficientemente llamativo como para pasarlo por alto, a la hora de reinterpretar el creciente radicalismo político de González Prada que lo ubicó en el corazón de la agitación radical a su regreso al Perú. González Prada –hombre maduro de cincuenta años- había obtenido una notoriedad con la publicación de sus *Páginas Libres*, que despertaron el conocido comentario de Unamuno de que “...es uno de los pocos, poquísimos, libros americanos cuya lectura he repetido”⁶¹, pero sobre todo arrastraba consigo una seria dedicación a la filosofía francesa durante cinco años –había asistido a clases de Ernst Renan y Louis Ménard- como para dejarse entusiasmar fácilmente por las primicias de las obras del mismo Unamuno, Maetzu, *Azorín*, Blasco Ibáñez⁶².

A su paso por la Península, González Prada experimentó una España que se mecía en la siesta regeneracionista que lentamente se iba resquebrajando por distintos flancos. Sin duda, Cánovas había creado hacia más de dos décadas un sistema de equilibrio político que integraba diversas facciones moderadas del liberalismo y el conservatismo –como al anterior republicano Emilio Castelar-, e incluso había logrado abrigar facciones tan inconciliables de la derecha como las representadas por el renovador ideológico del carlismo, el orador gallego Vázquez de Mella o al polígrafo santanderino Marcelino Menéndez Pelayo. La política de alternancia de Cánovas –el “*turno pacífico*”⁶³ con Práxedes Sagasta, jefe de la facción liberal-, que más o menos era una versión del arte de gobernar cifrada en el dicho popular “hoy por mí mañana por ti”, constituyó un artificio político que el historiador Raymond Carr plasma en una frase lapidaria: “Los oligarcas debían turnarse en los cargos, como los ciudadanos de Aristóteles, para dar a la nación política la ilusión de que se autogobernaba”⁶⁴. La “nación política” descansaba en la superestructura de una burocracia estatal que, a espaldas del sufrido pueblo trabajador, se entregaba a las artes de la repartición de cargos públicos: era el caciquismo –red que se extendía “desde la gran oligarquía de Madrid a los pequeños tiranos de los municipios”-, apta sólo para políticos cínicos. El cinismo parasitario, estudiado unos años más tarde por Joaquín Costa, o las clientelas con su poder local, provincial y municipal, ahogaban la nación en una caricatura de democracia y régimen parlamentario que se aprestaba a “la quiebra de 1898” (Muñón de Lara).

La quiebra era inminente, y sus componentes han sido entendidos como la agonía o estado terminal de una España arcaica que daba sus últimas señales de vida. La pérdida de los restos de sus dominios coloniales, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, con sus desastres navales de Cavite y Santiago, puso de presente un estado insostenible de cosas que se sostenía desde hacía casi un cuarto de siglo. La “inmensa crisis de confianza”⁶⁵, que el historiador Muñón de Lara interpreta para esa hora, desató una inusitada agitación de ideas, en las que no solo los viejos como Pérez Galdós o Clarín, o los jóvenes como Maetzu o Joaquín Dicenta escriben desde su posición de letrados, sino en la que los “otros” –los que nunca se habían pronunciado discursivamente- ganan la plaza pública; era el “proletariado militante” en las voces de

⁶¹ Citado en *Pensamiento político de González Prada* de Bruno Podestá. Gredes. Lima, 1988. Pág. 32.

⁶² Blanco Aguinaga traza en *Juventud del 98* un sugerente cuadro de las equívocas e inconsistentes primicias intelectuales de esta generación que, a diferencia de González Prada, una vez pasado el entusiasmo inicial al contacto con el “problema social” viraron a la derecha, hacia el misticismo, hacia un irracionalismo patético. Se documenta allí, cómo Unamuno, luego de haberse declarado socialista hacia 1894, justo en 1897 que empieza a leer al *Das Kapital* (en alemán) sufre su conversión más cerca a Santa Teresa que al materialismo.

⁶³ CARR, Raymond. *España. 1808-1975*. 10 ed. Barcelona: Ariel, 2000. Pág. 345.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ MUÑÓN DE LARA, Manuel. *España: la quiebra de 1898 (Costa y Unamuno, en la crisis de fin de siglo)*. Madrid: Sarpe, 1986. Pág. 41.

Anselmo Lorenzo, Ricardo Mella o Federico Urales, Pablo Iglesias o Vera. A su modo, el espectáculo lamentable del “ruedo ibérico” le arrancó al impaciente peruano algunos versos sobre el otro comparsa que edulcoraba el edificio canovista, el rey Alfonso XII: “En su existencia de granuja y sátiro/ Este borbón sensual y herpético/ Baña de pus la clámide; / Nada grande concibe, nada funda,/ Que en brazos de la Venus sifilitica/ Sucumbe joven y podrido./ Fué su madre Isabel Segunda/ Su padre fué desconocido”.⁶⁶

Lily Litvak ha expuesto en una extensa y documentada monografía las múltiples manifestaciones de la cultura del anarquismo español, en el cambio de siglo, y destacado el profundo papel de cumplió en la secularización de vastos sectores populares españoles. *Musa libertaria*, intituló ese extenso rastreo de ese impresionante movimiento de protesta que acuñó una acción pública en que, por primera vez, amplias masas proletarias se atrevían a expresarse, literaria y artísticamente. Aprendices en el arte de escribir, el proletariado español ensayó a decir sus verdades sociales de manos de la mano de pensadores como Bakunin, Kropotkin, Maletesta, Hamon, Jean Grave, Reclús, con una espontaneidad y no pocas veces con una ingenuidad efectivista. La propaganda de la Idea se convirtió en el núcleo de su actividad práctica indisoluble de su creación estética. Característico de esa intensa politización del arte de escribir, es, según la autora, el prólogo “Literatura Obrerista” que Lluas escribió para la novela de Anselmo Lorenzo, *Justo Vives*, en el que manifiesta “...la necesidad de invadir todas las esferas del pensamiento, obedeciendo a la idea de que la revolución intelectual y artística ha de preceder a la material para que ésta sea fuente de bienestar y de adelanto positivo”⁶⁷. La insistencia de inscribir esa literatura en el movimiento de la lucha de clases y hacer inseparables una de la otra, contribuyó decisivamente a establecer acaso una barrera imperceptible entre esta masa de papel circulante en miles de ejemplares de periódicos, revistas y libros, y los intelectuales más dotados –no obreros- que se asomaron por curiosidad o inclinación juvenil a esos signos de la “otra” España.

Creemos percibir en esa dicotomía entre la gran acción política y las –en general- dudosas producciones estéticas del anarquismo español, la fluctuante adhesión intelectual de González Prada a esa corriente de opinión. Intelectual de escritorio, cultivado en las exigentes premisas de las literaturas europeas, ocasional orador en espacios públicos obreros, autor de artículos explosivos en prensas anarquistas radicales, el ensayista peruano mantuvo una distancia reservada frente a la actividad intelectual y publicística de la España que visitó. Si, como nos refiere su esposa en las memorias de González Prada, uno de los motivos de viaje a la Península fue encontrar interlocutores de su propia lengua, lo cierto es que luego de rastrear la principal prensa –los abundantes periódicos, folletos y revistas- españoles anarquistas no se encuentran rastros de su presencia intelectual. En efecto, ni en periódicos como “Tierra y libertad”, “El Progreso” ni en revistas como “Acracia”, “Revista social”, “Ciencias Social” o “La Revista Blanca”, pudimos hallar trabajos o alusiones de este destacado intelectual peruano. No se puede esperar indiferencia ante un ambiente estremecido por la promulgación en 1896 de la ley de represión al anarquismo, el proceso de Montjuich y al año siguiente el detonante asesinato del jefe de gobierno. No nos cabe duda que, en caso de haberlo encontrado pertinente, González Prada hubiera colaborado en una publicación como “La Revista Blanca”, homónima de la francesa “La Reveu Blanche”. Sobre todo, en la “La Revista Blanca” de la primera época (1898- 1905), que es anuncio de “luchas y esperanzas” “puestas en el triunfo de las ideas socializantes, a través de las organizaciones obreras que había adquirido gran fuerza desde la creación de la I Internacional (1864)”⁶⁸, y en cuya redacción, aparte de su director Juan Montseny (más conocido por su seudónimo Federico Urales), se aglutinaron personajes de la talla de “Francisco Giner de los Ríos, catedrático; Leopoldo Alas (Clarín), catedrático; Fernando Tárrida, ingeniero; Alejandro Lerroux, periodista; Miguel de Unamuno, catedrático; Anselmo Lorenzo, escritor; etc”⁶⁹. Y sobre todo teniendo en cuenta el impacto que logró desde sus primeros números, que llegaron a una significativa circulación de 8.000 ejemplares.

⁶⁶ *Grafitos*. Pág. 151.

⁶⁷ LITVAK, Lily. *Musa libertaria*. 1. ed. Barcelona. Antoni Bosch., 1981. Pág. 280.

⁶⁸ En Pensamiento y estética anarquista. Análisis y documentación. *Anthropos. Revista de documentación científica de la cultura*. Monografías Temáticas Nro 5. Selección de textos de F. Urales. Barcelona. Marzo, 1988. Pág. 17.

⁶⁹ Idem. Pág. 20.

Con todo, se tiene una fuente directa de la atención e interés de González Prada por el desenvolvimiento del anarquismo español, expresado en sus constantes y abiertas simpatías por sus figuras más destacadas. En realidad, el “problema” de González Prada anarquista ha sido objeto de un sinnúmero de tergiversaciones o veladas alusiones, más o menos en una línea incómoda de justificaciones *post mortem*. Desde el prólogo sinuoso de Blanco Bombona a la segunda edición de *Páginas libres* a su Biblioteca Americana, hasta las más abusivas y miopes posiciones como la de José Miguel Oviedo, pasando por los enfadosos distanciamientos de Jorge Basadre o Mariátegui, el “problema” del anarquismo gonzález-pradiano le ha quedado grande a la posteridad peruana. Hombres de derecha, de izquierda o centro su país (basta pensar en Luis Alberto Sánchez), han claudicado ante el intento de rendir una coherente interpretación de una obra controvertida, polémica, mordaz, intransigente. González Prada evolucionó hacia un anarquista decidido, terminó escribiendo contra toda autoridad estatal, negando la propiedad privada y abogando por la igual social. Fue un propagandista de la Idea, un agitador de ideas radicales, un defensor de la causa indígena. Su peculiaridad o ambivalencia presunta de su anarquismo hay que buscarla en el marco sociológico –como veremos más adelante– de las instituciones políticas del Perú en ebullición. “Hay solo dos patrias”, escribió, la de los ricos y la de los pobres. Es hipócrita temerle a la violencia, afirma, porque el poder es violencia y la fuerza se derriba con la fuerza: la huelga armada y el sabotaje son legítimas armas de autodefensa obrera. ¿Cabe llamar a esto “anarquismo trascendental” como piadosamente lo califica Thomas Ward? No creemos sino una muestra de justicia comprensiva el destacar, por su lado, el lugar que en su pensamiento le otorgó a la España anarquista y las agudas y chispeantes líneas escritas, tan llenas de su inconfundible agudeza.

Los treinta y seis artículos de prensa escritos entre 1901 y 1918 y reunidos en el libro *Anarquía*, que Diego Abad de Santillán publicó en la editorial Tierra y Libertad de Barcelona, en 1938, debe entenderse como un gesto de elemental reconocimiento a uno de los más audaces y valientes escritores anarquistas de nuestra lengua, pero a la vez como una retribución al interés que siempre despertó en el pensador peruano la situación y el desarrollo del anarquismo español. Sin prólogo, y sólo con unas “Notas” explicativas sobre el origen de esta compilación –parcial– de sus escritos de cuño anarquista –tomados principalmente del periódico limeño “Los Parias”, que él mismo sostenía, y en otros medios como “La protesta” y “La Idea Libre”–, el libro *Anarquía* se puede tomar como una muestra del compromiso inequívoco con la causa proletaria de su país y con el internacionalismo revolucionario que lo acompañó.

“En Barcelona”, “José Nakens”, “En España” o “Fermin Salvochea” son ejemplos de la preocupación vigilante de González Prada por la causa anarquista peninsular. “Parece que la explosión de la rambla”, escribe en octubre de 1905, “no ha sido tan inofensiva como la vieja cápsula de Buenos Aires, habiendo producido estragos mayores que la bomba lanzada en París contra el nauseabundo reyezuelo de España”⁷⁰. En Buenos Aires, el presidente Quintana ganó con el susto, mientras en París, “hubo un caballo muerto y unos coraceros levemente heridos: nos dolemos del cuadrúpedo y no felicitamos al hombre que lo montaba, aunque haya sido *condecorado*. Ganar condecoraciones a costa de la vida ajena, aunque sea la de un caballo, no lo creemos muy glorioso. Si porque matan a un caballo se premia al jinete, nosotros proponemos que para la mujer de un policía, el policía guarde cama, se perfume con alhucema y tome caldo de gallina”.⁷¹

Antes de nada, ya se pregona en Barcelona que la bomba fue puesta por un anarquista. Pues hoy los “anarquistas responden por todo lo malo que sucede en el mundo”, y nadie alude a agentes provocadores o las manos de la policía. Citando “Tierra y Libertad” de Madrid, indica los atentados perpetrados por las fuerzas represivas como medio para justificar asensos, honores y recompensas. “¡Cuántos no habrán sido los atropellos y horrores de la policía barcelonesa, cuando hasta los republicanos (quizá los peores enemigos de los anarquistas) fueron a protestar en el mitin organizado por la Liga de Defensa de los Derechos del Hombre y celebrado en Barcelona el 26 de julio!”. Odón de Buen –republicano– defendió a los obreros con ideas, censuró la ley de represión al anarquismo y tachó de indigna esa liga de patrones

⁷⁰ GONZÁLEZ PRADA, Manuel. *Anarquía*. Pág. 51.

⁷¹ *Ibidem*.

catalanes que se confabulan contra el proletariado, como si no tuviera suficiente con su explotación diaria. No es coincidencia la ocasión oportuna de la bomba, en época de elecciones y sobre todo de protestas contra una monarquía caduca “gobernada por un cretino imberbe”. “A más,” concluye el incisivo y breve artículo, “recordemos que en el Gabinete español figura Weyler, el *Reconcentrador*; ese bandido que sabe hacer tragedias, en oposición a su colega Echegaray, que sólo sabe escribirlas”⁷².

De comparativo tono es el artículo “En España”, de fecha incierta, en que culpa a las autoridades españolas de actuar en la sombra y bajo cuerda para ahogar toda protesta libertaria. Es cierto que en toda Europa se apela a medidas y procedimientos de excepción para sofocar las ideas libres, “pero verdad también que en España las iniquidades revisten caracteres más repugnantes y más odiosos que en ningún pueblo de la Tierra, salvo quizá Turquía y Rusia. ¿Qué nación tiene un Montjuich?”⁷³. Dificilmente, asegura, nos podremos imaginar cómo la monarquía se revuelca en sus iniquidades, “orgullosa, tomando por montaña de oro el montón de basuras donde tiene elevado su trono”. Luego de Alfonso XII, España soporta a un nuevo Carlos II el Hechizado, Alfonso XIII, bueno solo para “perseguir mujeres, pescar truchas o cazar palomas”, manejado por el segundo Cánovas, “por el siete veces canalla Maura”.⁷⁴ El sufrimiento de Nakens o el sacrificio inmerecido de Morral –lamenta “la mala suerte de tu bomba”- son la muestra de ese estado de persecución inferidos a los anarquistas.

El trabajo sobre “José Nakens”, de octubre de 1907, reviste un interés complementario: Nakens es víctima de una monarquía inclemente que condena injustamente, pese al clamor levantado en Europa y América por su liberación, a un “*delincuente honrado*” a nueve años de presidio. “Cada día se engrandece la figura de la víctima y se empequeñece la de su verdugo, quien verdugo merece llamarse quien pudiendo indultar a un inocente no quiere hacerlo. Esta sola dureza bastaría para deshonar a un monarca, si los reyes de España tuvieran honra que perder”.⁷⁵ El caso es curioso: si hubo un crítico en España del anarquismo fue Nakens. Nakens fue un patriota, y todavía se oye en los oídos sus furiosos gritos – en “El Motín”- en ocasión de la guerra hispano yanqui. No quiso ver que Estados Unidos hacía un favor a Cuba de librarlos de “un gobierno de tigres y urracas”. La misma patria que defendió, hoy lo condena, porque la patria no es solo el terruño donde nacemos y morimos, donde están nuestros seres amados, sino donde está también “el soplón que nos delata, el esbirro que nos apercolla, el juez que nos condena, el carcelero que nos guarda y la suprema autoridad a quien debemos obediencia y sumisión, ya esté representada por un general sudamericano que a duras penas sepa leer y escribir, ya por un reyezuelo español que lleve por cerebro un trozo de bacalao frito en el aceite de alguna sacristía”⁷⁶. El pobre Nakens es víctima del recrudescimiento del fanatismo clerical, de “esa descuajaringada monarquía” y del despreciable ministerio liberal de Sagasta o de Moret.

La necrología de “Fermín Salvochea”, en fin, es una feliz miniatura de ese luchador anarquista, “humano como Luisa Michel, sincero como Pi y Margall”⁷⁷. Perseguido, encarcelado por largos años – primero en el Peñón de la Gomera y luego en Valladolid y Burgos-, hizo propaganda con el ejemplo y brilló en sus trabajos en “La Revista Blanca”. Piadoso, su apostolado nace de su amor por los hombres, por la humanidad. “Las Dominicales”, en palabras de Amalia Carvia, han dado un retrato del hombre puro, ejemplo de una vida ejemplar. Al final, la anécdota en que, conversando con su madre sobre el milagro de Jesús de la resurrección de Lázaro, lo retrata de cuerpo entero: -“De ser cierto ese milagro, él te prueba que Jesús no era bueno... Sí, no era bueno, porque debía haber resucitado a todos los muertos del pueblo”⁷⁸.

⁷² Pág. 54.

⁷³ Idem. Pág. 114.

⁷⁴ Idem. Pág. 115.

⁷⁵ Idem. Pág. 100-101.

⁷⁶ Idem. Pág. 102.

⁷⁷ Idem. Pág. 136.

⁷⁸ Idem. Pág. 138.

3. Nota conclusiva (abierta)

Desde el punto de vista de la función social, el anarquismo representa una utopía total, destinada a la destrucción íntegra de la sociedad existente, de todas las formas de autoridad política y los valores que las sustentan. González Prada como precursor de esta tendencia en Perú, ofrece un campo interesante de estudio sociológico que apenas hemos esbozado o insinuado en sus líneas básicas, a saber, la relación entre el individuo dotado y los grupos o instancias sociales donde actúa. Para seguir a Mannheim, se puede argüir en este caso: “A menudo sucede que la utopía dominante surge por primera vez como el caprichoso anhelo de un solo individuo, que es posible determinar sociológicamente, en cada etapa sucesiva, cada vez con mayor exactitud. En tales casos, se suele hablar de un precursor y de su papel de iniciador, y atribuir esa realización individual, desde el punto de vista sociológico, al grupo al que se trasmite la visión y en nombre del cual expuso sus ideas.”⁷⁹ La necia consideración que el anarquismo de González Prada es un capricho o un aberración, desvinculado de su entorno social, es también una explicación sintomática de los sectores defensivos que desconocen la tensión de fuerzas emergentes de las que González Prada fue un impulsor. Desvinculado de sus ancestrales raíces sociales, quiso rebasar los linderos del orden existente, es decir, deseo destrozarnos, en una forma de identificación con los “de abajo”. La polémica contra el pasado español y la infamia de la España que le tocó vivir y estudiar, sirve de trasunto a un problema mayor. Abrió un boquete en la conciencia dominante del patriciado peruano, que hizo resonancia en los sectores sociales emergentes, proletarios, que se aprestaban a entablar una lucha sin cuartel con sus enemigos de clase. En efecto, González Prada se erigió como el intelectual agitador de ideas anarquistas, un utopista radical, que contribuyó a elevar el nivel de conciencia de clase, las formas diversas de la propaganda y la organización proletaria.

Sin duda que como precursor, y por el estilo de vida que llevaba, no se puede tratar como un anarquista en lo modelo o tipo de la tradición europea, Bakunin, Kropotkin, Reclus, Cafiero o Lorenzo, pero también es cierto que esos modelos comportan formas tan diferenciadas de existencia, e incluso diferencias doctrinarias notables, que es difícil abstraer un modelo sociológico satisfactorio. Todos ellos fueron precursores dotados de la idea, y cada uno presenta aristas de conducta y relaciones con su medio, más o menos singularizadas. Pero todos están desagregados de su medio social, condenan moral más que sociológicamente el medio en que viven, todos se entregan a la causa con una convicción genuina y, sobre todo, luchan con el ejemplo, por medio de la palabra hablada y escrita. En efecto, recortado a la luz de esa galería, el perfil del peruano parece algo raro; ciertamente, González Prada no elaboró una teoría de la revolución, mantuvo una más estrecha relación con su escritorio que con las organizaciones obreras y fue alagado, espasmódicamente, por los presidentes de su país. No resulta sino incómodo tratar de establecer una coherencia entre su prédica por el sabotaje y la huelga general a quien acepta un cargo de director de la biblioteca nacional. Un tipo sociológico no es una plantilla, y todavía queda un camino por recorrer a esta investigación entre la formulación de un conjunto de ideas y la inserción a un medio social y político para reconocer las mutuas correspondencias. Con todo, es de presumir que la consistencia interna de su pensamiento se debe poner sobre una constelación de situación aún por construir. Su anarquismo está atenuado del milenarismo secularizado o quiliastro orgiástico actualizado que encontró como típico Karl Mannheim para autores como Bakunin o G. Landauer. Más bien, el concepto histórico de González Prada parece alejarse de ese modelo radical y se acerca más bien a una concepción liberal o humanista, del tipo de Condorcet o Renan⁸⁰. Lo que en ello se pueda tomar por sugerente, metodológicamente hablando, es el superar el examen en el campo de la historia de las ideas realizado y dar un paso hacia una historia social y política de las ideas: suscitación a nuevos problemas a esbozar.

⁷⁹ MANNHEIM, Karl. *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Edición conmemorativa. México: F. C. E., 2004. Pág. 243.

⁸⁰ Idem. Págs 229-300.